

del sol fuese dable estirar el suelo de Chile, si en vez de contemplar en un mapa la engañosa proyección horizontal de su quebrada estructura lográsemos desarrollar su superficie efectiva, tendríamos que ésta se nos presentaría tres o cuatro veces más ancha de lo que la vemos.

Chile es también un hombre un tanto misántropo; vive en un suburbio, defendido del lado del pueblo por altos tapias con bardas claveteadas de agudas guijas, y por el otro deslinda libremente con el campo. Extiéndese más allá de su heredad la dilatada llanura del Pacífico. Lo arrulla este mar ennoblecido por un nombre sencillo digno de las cosas, como él, grandes. Es un mar tres veces solitario: solitario por su enorme amplitud, por la pequeñez sonriente de las escasas islas que defiende, y por el recuerdo de la pérdida

y fantástica Lemuria. La soledad se acrecienta con el recuerdo de lo que fué y ya no existe. Y una canción constante de soledad, venida diariamente, y que cierra los horizontes, acaba por traspasar su ritmo ordenador a la tierra que la escucha.

La ubicación de nuestro territorio ha sido llamada despectivamente, por espíritus ligeros, el último rincón del mundo, olvidando que si la tierra tiene la filosofía de ser redonda, es para decir con ello cuán semejante significado y posible y sucesivo porvenir aguarda a cada uno de los pueblos, y cuán idéntico sentido revela poseer la vida en todas las latitudes.

PEDRO PRADO

Santiago de Chile, febrero de 1923.

(La Nación, Buenos Aires).

todos cuantos integráis la ingente fuerza de la Inteligencia, ¿no os sugiere graves consideraciones el poder de la asociación, de la cooperación y la solidaridad? Vuestra dispersión es la ruina; por la solidaridad aumenta justamente el salario, se va a la participación en los beneficios, al control obrero, al perfeccionamiento moral y a la posesión del poder político. Vuestro atomismo, vuestra insolidaridad, en cambio, es la parálisis, la pobreza, el desplazamiento.

Representan los trabajadores intelectuales en la producción nacional un factor tan considerable como el capital y el trabajo, porque son los artífices del Pensamiento y del Arte, soplo anímico del esfuerzo universal; pero su situación no corresponde a su gran valor; el Capital defiende sus posiciones por sus Confederaciones mediante el «lock out», que detiene bruscamente la vida industrial, y el Trabajo logra sus avances por la huelga, arma de idéntico alcance y efectos, y la Inteligencia, representada por todos los trabajadores intelectuales, está a merced de las dos grandes fuerzas organizadas, sin intervenir en los conflictos, a la deriva de sus acuerdos y exigencias. Han sabido el Capital y el Trabajo dotarse de organizaciones poderosas más fuertes que los Estados mismos, y sus «ententes» son leyes promulgadas. Pero el trabajo intelectual ha rechazado la solidaridad, vive en el castillo romántico del individualismo, y siendo el manantial creador, no tiene voz en los litigios sociales, ni mecánica para su resistencia, ni coordinación para sus aspiraciones. El ingeniero director, el periodista, el arquitecto, etc.; asisten cruzados de brazos a la lucha entre patronos y obreros, sufren las desdichas del paro, no toman partido en la contienda, y al llegar al acuerdo, los obreros suelen ser indemnizados, además de lograr nuevas mejoras, suscritas por ellos; no son sino víctimas de la guerra.

La tristeza de la clase media española, formada por trabajadores intelectuales, y su consiguiente debilidad como fuerza política y social, hallará en la solidaridad su único remedio. La gran fuerza de la Inteligencia tiene que decidirse a sistematizarse para su defensa. En Francia se ha planteado este problema, y unos cuantos hombres de organización iniciaron la Confederación de Trabajadores Intelectuales con una pasión y con un espíritu que reflejan estas palabras de M. Caaus, presidente de la Sociedad de Autores dramáticos, al discutirse el proyecto de estatutos: «En todo negocio, en toda empresa, cualquiera que ella sea, si el capital y el trabajo obrero son indispensables, el trabajo intelectual, que concibe, que organiza, en

Intelectuales y obreros

EN un día radiante, luminoso, magnífico, desfilan las muchedumbres obreras. Millares de trabajadores se agrupan bajo las banderas de sus oficios; son banderas de paz, de fecundación, de progreso; las incendia el sol ubérrimo de la primavera, y sus destellos rojos van grabando en el morado paño la palabra germinación. Es una hora azul de la mañana, hora de encanto y de plétora. El Trabajo, padre del mundo, desfila por las amplias calles de la ciudad burócrata, de la ciudad de los nobles, de la ciudad bulliciosa y riente. Los obreros, limpios, fuertes, sanos, llevan en sus rostros la expresión de una conciencia viril y profunda; sus mujeres muestran un semblante inteligente; no es la belleza fría, plácida, estatuaría de las mujeres que adoramos y mimamos, soberanas del hogar o deidades del placer; es una belleza cálida, hecha de dolor y de esfuerzo, plasmada en un ideal de perfección cívica y de ascensión en la vida; es la belleza torturante de los luchadores...

Es el Primero de Mayo, épico por su universalidad, internacional y fraterno, en que el Trabajo muestra a los explotadores, a los oligarcas, a los poderosos y a los holgazanes, que se ha enseñoreado del mundo; la ciudad se ha paralizado; el aliento fecundante de los brazos ha dejado por unos instantes muerta la urbe. De cuando en cuando, turba el augusto silencio un cántico litúrgico: «Esclavo del taller, forzado de la mina, ilota de los campos, levántate, pueblo poderoso...» Y el pueblo, poderoso, se ha levantado y avanza amenazador, y exige moralidad, y quiere justicia, y triunfa en las

urnas, y siembra sereno el evangelio del nuevo derecho y el dogma de la economía nueva.

Una muchedumbre espectacular mira el desfile. No hay en ella odio, ni inquietud, ni ironía. Años atrás, el burócrata, el pequeño rentista, el militar, el profesional intelectual, miraban con recelo. Hoy, el buen burgués ha votado sus candidatos, se ha penetrado de la justicia reivindicadora de las masas engendrada en un dolor milenar; ve en ellos una fuerza gubernamental y, por instinto o reflexión, pone su moderación y su sentido jurídico frente al extremismo desolador de violencias, muertes y fieros males...

Hemos contemplado ambas multitudes: la que formaba en la interminable procesión cívica, triunfal, dominadora, alegre y fuerte, que va forjando en sus entrañas el mundo nuevo, que dictará la ley, que impondrá la soberanía inalienable del esfuerzo humano, y la otra, la que deambula un día y otro día por las calles de la ciudad, melancólica, triste, sin alma, sin fe, sin ideal, sin solidaridad, a merced de la nómina, de la exigua renta, del rendimiento del pequeño «bureau», del sueldo de la Empresa, de la vergonzosa retribución literaria, esclavos del Estado, del empresario, del editor, macilentos los rostros, sin color las mejillas, dudosos los trajes, con rictus de dolor en los labios y el gesto hurafío de la rabia de la impotencia...

¡Gran enseñanza para esta multitud de trabajadores intelectuales ofrece el bello espectáculo de la manifestación obrera! Arquitectos, funcionarios, periodistas, ingenieros, escritores, médicos, músicos, autores dramáticos,